

Año IV—Nº 17



Enero de 1911

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

“VIRYA”

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO
PSICOLOGÍA, ETC.

La ciencia describe algunos de los atributos de las cosas, pero las causas originales que producen esos atributos permanecen desconocidos para ella, y permanecerán así hasta que sus poderes de percepción sean capaces de penetrar en lo invisible.

(FRANZ HARTMANN).

COLABORADORES:

ENRIQUE JIMÉNEZ NÚÑEZ, J. S. GONZÁLEZ R.,
WALTER J. FIELD, JOSÉ MONTURIOL, ROBERTO BRENES MESÉN
M. ROSO DE LUNA, TOMÁS POVEDANO,

DIRECTOR:

TOMÁS POVEDANO

ADMINISTRACIÓN, EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA, A. C.
APARTADO NÚMERO 220

SUMARIO:

La Condesa Constance Wachmeister.	
Teosofía elemental. Nuestro sistema solar, por Annie Besant.	
Pruebas de la Teosofía	„ C. W. Leadbeater.
Ama á tus enemigos	„ J. O'creif.
Teosofía y Ciencia	„ E. Jiménez Núñez
Los nuevos pequeños caballeros del mundo	„ Helen Zimmorn.
Memoria Antigua	„ Narciso Campillo.
Asuntos diversos	

IMPRENTA DE AVELINO ALSINA

PARA INFORMES, PODRAN DIRIGIRSE:

Presidente: MRS. ANNIE BESSANT, The Theosophical Society, Adyar
Madras, India inglesa.

EN ESPAÑA:

Madrid.—Sr. Manuel Treviño, Atocha, 127 duplicado, tercero.
Barcelona.—Sr. Ramón Maynadé, Tapinería, 24.

EN FRANCIA:

París.—Ch. Blech, 59, Avenue de la Bourdonnais.

EN ALEMANIA:

Berlín, W.—Dr. Rudolf Steiner, 17 Motzstrasse.

EN INGLATERRA:

London, W.—Mrs. Sharpe, 106, New Bond Str.

EN ITALIA:

Génova.—Prof. O. Penzig, 1, Corso Dogali.

EN HOLANDA:

Amsterdam.—A. J. Cnosp-Koopmans, Amsteldijk, 76.

EN SUECIA:

Stokolm.—Arvid Knos, Engelbretsgatam.

EN LA INDIA:

Benarés, U. P. India.—Mr. R. Narayanaswami Iver.

EN CUBA:

Habana.—Sr. Rafael de Albear, Apartado 365.

EN COSTA RICA:

San José.—Sr. Tomás Povedano, Apartado 220.

EN AMÉRICA DEL NORTE:

Chicago.—Dr. Weller van Hook, 103, State Str.

EN AMÉRICA DEL SUR:

Buenos Aires.—Mr. Einar K. With, P. O. Box 631.

EN VENEZUELA:

Caracas.—Sr. Juan José Brensó, Sur, 5, núm. 84.

EN LA REPÚBLICA ARGENTINA:

Buenos Aires.—Sr. Alejandro Sorondo, Av³ República núm. 8.

EN LA REPÚBLICA URUGUAY:

Montevideo.—Sr. F. Díaz Falp.

EN CHILE:

Valparaíso.—Dr. E. Morizot, Casilla 750.

EN PERÚ:

Lima.—Sr. Federico Valles Vargas, Casilla de Correo 777.

EN CEYLAN:

Mrs. M. M. Higgins, Musæus School for Buddhist Girls, 8,
Rosmead Place, Cinnamon Garden, Colombo, ó Mr. H. S.
Perera, 61 Maliban St. Colombo.

EN AFRICA DEL SUR:

Transvaal.—Major C. L. Peacocke, P. O. Box 3899, Johannes-
burg.

EN AUSTRALIA:

W. G. John, 42 Margaret, Street, Sidney, N. S. W.

EN NUEVA ZELANDA:

C. W. Sanders, His Majesty's Arcade, Queen St. Auckland.

EN HUNGRÍA:

J. Agoston, Rökk Szilard-uteza, 39, Budapest VIII.

EN RUSIA:

Petersburgo.—Mme. A. Kamensky, Kabinetskaya 7.

“VIRYA”

Nº 0036



LA CONDESA CONSTANCE WACHMEISTER

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

"VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO
PSICOLOGÍA, ETC.

AÑO IV

SAN JOSÉ, COSTA RICA, ENERO DE 1911

NUM. 17

La Condesa Constance Wachmeister

Esta notable señora, más notable por sus virtudes, cualidades y talentos, que por los títulos nobiliarios, abandonó la tierra dejando tras sí gratísima memoria. Fue uno de los primeros adalides que acudieron á ocupar honroso puesto en las filas entusiastas de la Sociedad Teosófica, para prestar valioso contingente ante el ara de la Verdad, el cual era ya reclamado por las necesidades imperiosas de la evolución. Su alma delicada, puede llevar consigo la dicha que emana del deber cumplido. En lugar de dedicar su vida á las superficiales y vanas satisfacciones del culto personal, en que se atrofian y destruyen tantas salvadoras energías, supo emplearla en difundir su luz entre los que aspiran á libertarse del error. ¡Que puedan acompañarla nuestros amorosos y puros recuerdos al dichoso lugar de sus merecimientos y contribuyan á acrecentar su dicha!

En el próximo número ampliaremos estos datos biográficos con la traducción de un interesante artículo publicado en el "Bulletin Théosophique."

Teosofía Elemental

Nuestro Sistema Solar

UN Sistema Solar es un grupo de mundos que giran al rededor de un Sol central y del cual reciben luz, vida y energía. Sobre esto tanto los Teosofistas como los no Teosofistas están de acuerdo. Pero los Teosofistas ven mucho más que esto en un sistema solar. Este es para ellos un vasto campo de evolución dirigido por un Señor Divino, el cual ha formado su materia del ether del espacio, ha impregnado esta materia con su vida y organizado con ella su cuerpo, vertiendo desde su corazón, el Sol, la energía que circula á través del sistema como sávia de vida, sangre que vuelve al corazón cuando sus propiedades nutritivas se han agotado para ser vivificadas y enviadas nuevamente á su trabajo en el mantenimiento de la vida.

De aquí, pues, que un Sistema Solar sea para un Teosofista, no solamente un espléndido mecanismo de materia física, sino la expresión de una vida que da sustento á las vidas que de ella se derivan; persistente en todas partes con inteligencia latente ó activa, deseos y actividad. Que «existe por amor á su propio Yo», á fin de que los gérmenes de la Divinidad, los Yos ó Egos embrionarios emanados del Ego Supremo, puedan desenvolverse á semejanza del de su Padre-Dios, de cuya naturaleza están dotados, siendo verdaderos «partícipes de la Divina Naturaleza». Que sus globos son los «conductores del hombre»; y no solamente de los hombres, sino que, junto con

los seres sub-humanos, todos son sus habitantes. Que en mundos más sutiles que el físico habitan seres más altamente evolucionados que el hombre, así como también seres menos evolucionados, todos revestidos de cuerpos más finos que los físicos y por lo tanto invisibles ante los ojos físicos, pero no menos activos é inteligentes; seres entre los cuales se encuentran miriadas de hombres, hombres que se encuentran por la ocasión despojados de su vestidura carnal, pero que no por eso sean menos activos, amantes ó pensadores. Y que aun durante la vida en nuestro mundo físico, metidos dentro del estuche de la vestidura carnal, el hombre está en contacto con esos otros mundos y con los seres del otro mundo, y que puede estar en relaciones conscientes con ellos, como los Fundadores, los Profetas, los Místicos y Videntes de todas las creencias lo han atestiguado.

El Señor Divino se manifiesta El mismo en su sistema bajo tres aspectos ó personas: el Creador, el Preservador y el Regenerador; estos son el Espíritu Santo, el Hijo y el Padre de los cristianos; el Brahma, Vishnu y Shiva de los Hindus; el Chochmah, Binah y Kether de los Cabalistas Hebreos; el Tercer, el Segundo y el Primer Logos de los Teosofistas, quienes usan del antiguo término griego «el Verbo» para Dios manifestado.

La materia del sistema ha sido formada por el Tercer Logos, siendo siete los géneros de átomos que El ha producido; los agregados compuestos de esos átomos constituyen las siete clases fundamentales de materia que se encuentran en el Sistema, cada clase es más densa que la precedente, y cada una tiene su correlación con una fase determinada de la Consciencia. A la materia compuesta de un género particular de átomos, la denominamos nosotros, un plano, ó mundo; de ahí el que reconozcamos siete de estos planos en el Sistema Solar: los dos superiores son los planos divinos ó supra-espirituales, los planos de los Logos, y en el inferior entre estos dos, es en el que tiene su nacimiento y mora el Ego humano, la Mónada, Dios en el hombre; los dos siguientes son los planos espirituales, al alcanzar los cuales el hombre se da cuenta de que él mismo es divino; el quinto, continuando la densificación, es el

Pruebas de la Teosofía ⁽¹⁾

POR lo general la primera vez que la teosofía es expuesta á las personas, inspira ella un vivo interés, pero al mismo tiempo admira algún tanto la osadía de las afirmaciones que hace; y—como es natural—se nos pregunta cuál es el testimonio que tan profundamente nos ha convencido de sus verdades, y cómo sería posible que uno llegase á convencerse también.

Trataré en este trabajo de contestar á esa pregunta, y para introducir en el mismo un elemento personal por breves momentos, creo que lo mejor que puedo hacer es referir con sinceridad la manera como yo mismo adquirí esas convicciones; porque en mi parecer la experiencia de una persona que ha buscado con éxito la verdad, en una línea dada, es siempre útil y despertará á no dudarlo el interés de aquellas que buscan por la misma vía.

La primera vez que tuve conocimiento de las enseñanzas teosóficas, era yo pastor de la Iglesia Anglicana, cargo que tal vez estaría aún desempeñando, si no hubiese empezado á reflexionar sobre ciertas materias, en las cuales es preferible que no piense quien desea continuar siendo ortodoxo.

Figuraba en el número de mis deberes como pastor el de preparar á los jóvenes para la Confirmación, y en más de una ocasión esos jóvenes sentían nacer en ellos dudas, generalmente inspiradas por las obras de Paine ó de Bradlaugh, y me dirigían preguntas sobre las mismas.

(1) Tomado de *Le Lotus Bleu*, Revista Teosófica francesa, números 1 y 2 correspondientes á los meses de marzo y abril de 1904.

Siempre les contestaba á entera satisfacción de ellos, mas no siempre de la mía, porque al hacer yo mismo la crítica de los argumentos que había empleado—que son los que siempre se emplean en casos parecidos—me veía obligado á reconocer que yo no hubiera aceptado esos argumentos en cualquiera otra materia. Así veía que si alguien me hubiese ofrecido, como prueba de cualquier hecho histórico, el testimonio sobre el cual reposa la narración evangélica, la habría rechazado en el acto como insuficiente. Y como toda la teoría acerca de la Eterna Salvación parece sin embargo estar basada en esta pretendida narración, la falta de certidumbre me parecía grave, tanto más, que hacía surgir en mí la penosa impresión de que estaba enseñando algo que no era la verdad. No me quedaba pues otra cosa que hacer, que estudiar más á fondo la cuestión y escudriñar lo que sobre ella pensaban los eruditos de la Iglesia; y esto me condujo á una decepción: los eruditos no decían nada sobre el punto, nada por lo menos que tuviese algún valor para el investigador.

Encontré en ellos afirmaciones rotundas y reprobaciones duras dirigidas para los desgraciados que osasen dudar, pero nada absolutamente que hubiese podido ser considerado como una evidencia, si se hubiese tratado de otra materia cualquiera. En efecto, nada se halla entre todos esos eruditos que responda verdaderamente á las objeciones presentadas, y así, cuando la atención y las facultades críticas del hombre se dirigen hacia estos asuntos, pronto comprende que todo el sistema que desarrolla la ortodoxia es falto de razones, sin un fragmento de evidencia que milite en su favor. Todas las pruebas presentadas se desvanecen desde el momento mismo que son sometidas á un examen algo concienzudo y la certeza no se descubre en parte alguna.

Momento terrible es ese en que uno se encuentra ante un vacío tal con referencia á la religión en que ha sido educado; se sienten entonces todas las convicciones propias derruidas hasta la raíz sin que de ellas quede cosa alguna. Por lo que á mí respecta, mi estado de espíritu no se encontraba en ese momento en situación tan incierta como podría ser el caso con otros; y es que con anterioridad había dirigido ya mis inves-

tigaciones al terreno del Espiritismo y por lo mismo *sabía* que algunas de las doctrinas religiosas eran verdaderas. Pero al examinar sosegadamente y á la fría luz de la razón la historia de la Creación y aquella insensata cólera del Creador, de la cual dicen los ortodoxos no ser posible sustraerse uno más que por el sacrificio expiatorio, todo me parecía extravagante y destituido de racionalidad una vez despojado del ropaje sagrado con que lo revistieron el espíritu religioso y la costumbre afianzada por el trascurso del tiempo; y este conjunto incoherente de los fragmentos de una fe olvidada, no podía—como á muchos—proporcionarme ninguna satisfacción real.

Por esa época, y como por casualidad—si es que puedo expresarme así no creyendo en la existencia de la casualidad—vino á mis manos el libro de Mr. Sinnett *El Mundo Oculto*.

Encontré expuesto en él un sistema de excelente filosofía que inmediatamente cautivó mi atención y me inspiró un interés profundo; sistema aún más detallado en su segunda obra: *El Budhismo Esotérico*, cuya lectura me hizo hacer notar varios puntos que diferían totalmente de todo cuanto hasta allí había aprendido.

Conocía en efecto la existencia de estas dos teorías: la concepción materialista, según la cual todo se rige por un ciego acaso, y la teoría ortodoxa, que pretende que los hombres están destinados al bienestar ó á la desgracia y nacen en un medio civilizado ó bárbaro, de virtud ó de vicios, sin más norma que la del capricho divino. Dos concepciones en extremo defectuosas, porque no presentan la menor apariencia de razón y son impotentes para explicar un sinnúmero de fenómenos.

Los escritos del coronel Ingersoll y de otros escritores habían refutado ya de manera tan brillante la teoría del capricho divino, que ninguna objeción más me restaba que añadir por mi parte. En cuanto al materialismo; su insuficiencia me era conocida puesto que muchos fenómenos, observados por mí mismo, no había alcanzado á explicármelos. Así pues, la tercera hipótesis, la de la Teosofía, poseía para mí indudablemente ventajas inmensas, porque no sólo me explicaba las dificultades con que había tropezado y que las otras dos no podían solucionar, sino que además me presentaba una solución

verdaderamente plausible de todas las condiciones que nos rodean, así como un sistema inteligible, en que el pasado, el presente y el porvenir del hombre quedan completamente englobados. Más aún, la encontraba acorde con el conjunto de las tendencias científicas actuales. Había hallado, en suma y por primera vez, una filosofía razonada que hacía posible creer en el todo—poder y amor infinito de un Dios sin estar forzado á cerrar los ojos con respecto á los fenómenos de la vida.

Me amparé á esta teoría que me pareció la mejor de las tres é impulsé mis investigaciones adelante por el mismo camino. Lo primero que hice fué buscar á Mr. Sinnett quien me recibió con esa afectuosa cordialidad y cortés acogida bien conocida de todas sus amistades, y, gracias á él, pude desde luego entrar á formar parte de la Sociedad Teosófica.

Por esa época la literatura teosófica era muy escasa. Carecíamos de todos esos manuales cuyas explicaciones detalladas facilitan tanto, hoy día, el estudio de las doctrinas teosóficas, y fuera de las dos obras citadas, no poseíamos más que *Isis sin Velo* y *La Vía Perfecta*. Al preguntar cómo esos conocimientos habían invadido el Occidente, se nos contestaba que por medio de Madame Blavatsky los habían propagado algunos grandes instructores orientales.

La filosofía Hindue era para nosotros mucho más avanzada que todo lo que hasta entonces nos era conocido; mucho más avanzada que lo que enseñaba la ortodoxia, pero no por eso superior á lo que enseñaban los primitivos cristianos, enseñanzas contenidas en los escritos de los grandes gnósticos, que la mayor parte de la Iglesia primitiva, en su ignorancia, repudió, dando margen á que la religión del Occidente de allí en adelante nada pudiese ofrecer al pensador serio, con lo que faltó á una de las mayores condiciones que toda religión debe revestir, la de esforzarse en satisfacer á las necesidades de cada clase, tanto á los simples é ignorantes, como á los de espíritu cultivado y filosófico, como de hecho ocurría en ellas al principio cuando suministraban enseñanzas simples para quienes no podían asimilarse mayor cosa, y conservaban en reserva una instrucción metafísica para los más aptos en penetrar el fondo íntimo de las cuestiones.

En este particular el Cristianismo en nada cedió á las demás religiones, porque primitivamente daba una enseñanza secreta para aquellos que se mostraban dignos de ella; pero como queda indicado degeneró con el tiempo la Iglesia y olvidó sus derechos y deberes de mayorazgo.

Madame Blavatsky por la época á que me refiero enseñaba, que de todos tiempos había existido un círculo de hombres que conocían las grandes verdades de la Naturaleza, y eran por consiguiente aptos para enseñarlas á otros, verdades que lejos de ser nuevas eran tan viejas como el mundo. Surgía pues la pregunta de si podíamos aprender alguna cosa más; y se nos respondía, que probablemente, porque esos Grandes Maestros de Sabiduría forman con frecuencia discípulos, y por lo mismo toda persona dispuesta á dedicar su vida á servicio de la humanidad podía abrigar la esperanza de que con el tiempo se le recibiese entre ellos. Nada podía prometernos al respecto—porque la cuestión dependía enteramente de la decisión de los Maestros: pero puesto que antes habían aceptado á otros, quedaba siempre la esperanza para los que posteriormente, si así lo ansiaban, se tomaban el trabajo de prepararse para un desenvolvimiento superior.

Mi impresión fué que una persona que como yo apenas salía de lo ordinario, no podía en manera alguna aspirar á un honor de esa naturaleza, en lo que era esta encarnación, pero que sin embargo mucho había que estudiar en este nuevo sendero y que podría por lo menos trabajar por esta causa nueva para mí y en mucho más hermosa que todas las que hasta allí había conocido. Dimití, pues, mis funciones en la iglesia á que pertenecía y partí con Madame Blavatsky para la India, con el fin de trabajar en las oficinas del Cuartel General de la Sociedad Teosófica.

Esta ocasión de poder trabajar por la Causa era para mí el objeto único que embargaba mi ambición; no sospechaba para nada que me fuese posible un superior adelanto en esta vida. Ya en la India gocé del privilegio de relacionar algunos Grandes Instructores, y de ellos y de sus discípulos aprendí mucho más de lo que sabía y principié á comprender mejor el conjunto del sistema, hasta concedérseme más adelante cier-

tas indicaciones sobre la manera de poder elevar mi estado de conciencia á los planos superiores. Jamás había esperado tanto, pues suponía que para lograr este éxito era necesario haber nacido con las facultades necesarias, lo cual se me dió á entender era cierto, pero que todo ser humano en el estado actual de evolución tenía los poderes necesarios ya latentes en sí, y podía por lo mismo desarrollarlos si en ello trabajaba con la suficiente energía. El valor de estos consejos los comprendí sin esfuerzo y de un modo natural, me puse á la obra y, con el tiempo, comprobé personalmente toda su certeza; ví que era una verdad absoluta lo que se me había dicho; que era posible desarrollar la vista astral y mental y por ese medio verificar uno mismo—personalmente y sobre la marcha—las principales enseñanzas de la Teosofía. Toda persona que consienta en trabajar tanto como lo he hecho yo, puede alcanzar á saber, como yo lo sé, que los planos de la naturaleza son de aspecto bien definidos; podrá reconocer la exactitud de la enseñanza sobre los estados *post mortem*, porque verá á los pretendidos muertos, los encontrará en su propio plan y hablara con ellos, lo cual es muchísimo más ventajoso que atraerlos á un plan inferior por la materialización, pues es uno quien se eleva al nivel de ellos. Podrá reconocer los grandes hechos de la reencarnación aprendiendo á vislumbrar sus pasadas vidas que se extenderán ante la vista propia como las hojas de un libro abierto; comprobará por sí misma y sin la menor sombra de duda la acción de las leyes poderosas de la evolución y de la justicia divina. Todas estas cosas las sé yo por mi experiencia personal, y quien quiera, alcanzará los mismos resultados si se decide á tomarse la pena de entrar en el Sendero. No digo que esto sea fácil, ni garantizo tampoco un éxito rápido; sólo aseguro que muchos lo han hecho y que todo hombre tiene latentes esos poderes y está en condición de salir victorioso de la empresa, si se empeña en ella. Tal vez, llegados á este punto, se me pregunte, si no sería presa de una alucinación al ver todas esas cosas. Puede que así sea, pues en efecto, ¿acaso no podría ser que en este momento esté bajo el peso de una alucinación al imaginarme que escribo? Y ¿acaso no podría suceder que el que se imagine estarme

leyendo no sufra una alucinación también? No faltan, en verdad, filósofos que llegan hasta el extremo de aseverar que nosotros mismos no somos más que apariencias. Pero si es verdad que existimos, si lo es que escribo y que alguno lee mi trabajo, también tiene que serlo el hecho de que he visto esas cosas que afirmo y que conozco. Sí, las he visto, no una vez, sino centenares de veces; han sido para mí un hecho de experiencia *diaria*.

Muchos de entre nosotros conocen esos planos superiores tan bien, como una persona puede conocer las calles de su ciudad; y de su existencia no podemos dudar, como ésta tampoco podría dudar de la existencia de la ciudad en que está domiciliada. Si la Teosofía es una ilusión, de ella han participado los espíritus superiores del globo, hombres como Budha, Shankara-Charya y Pitágoras, á quienes sería temerario acusar de alucinados. Por lo que á mí se refiere, es esa una cuestión resuelta, lo que no impide que reconozca, á pesar de haber comprobado las cosas á mi entera satisfacción personal, que mi afirmación particular no puede constituir á los ojos del mundo una prueba. Es no obstante un testimonio aislado con iguales títulos para ser tomado en cuenta, como tantos otros análogamente aislados que han sido atendidos en otras materias.

Entre los que se dedican de una manera seria á los estudios teosóficos, pocos son los que podrían emprender viaje á la India; y por otra parte, muy bien podría una persona pasar toda su vida en ese país sin llegar á tener todas las experiencias que yo merecí alcanzar. Es, pues, muy natural que se me pregunte qué pruebas pueden obtenerse fuera de la personal, de la que he hablado. En verdad, creo que aparte la prueba personal, no existe otra positiva para cosas de esta naturaleza; sin embargo, hay testimonios serios en favor de esos estudios. Invito á los estudiantes para que lean á este respecto la admirable publicación de M. Fullerton, Secretario General de la Sección Americana: *Las pruebas de la Teosofía*, y de seguir atentamente los argumentos indiscutibles por los cuales demuestra que las pruebas de una proposición, de cualquier or-

den que sea, han de ser conformes con la naturaleza de ella, y que, en consecuencia, las pruebas de la Teosofía en sus doctrinas de más fondo, no pueden en último extremo ser recogidas si no es en la experiencia propia del espíritu en pleno progreso. Mas si en último análisis tiene que ser esto así, es factible apoyarlas por argumentos probatorios, y esto es lo que intentaré enseña.

Los que ignorando *la ley de conformidad* en materia de pruebas, persisten en exigir para las teorías y problemas psicológicos demostraciones fundadas sobre reglas matemáticas ó pruebas que ellos puedan tocar con las manos en el plano físico, harían bien en examinar los fundamentos sobre los cuales reposan sus convicciones hereditarias, si es que no tienen miedo de emprender el examen. Busquemos así, por ejemplo, las pruebas de la teoría ortodoxa acerca de la vida. ¿Cuáles son ellas? Son lisa y llanamente nulas; antes bien, y por regla general, todos los que profesan la fe ortodoxa no pretenden, en manera alguna, que las haya, sino que se contentan con declarar que es reprehensible pedir las y que la duda acerca de aquella es toda una tentación del demonio. La Ortodoxia ha tenido siempre por costumbre condenar la razón de los hombres y obligar á éstos á adoptar sus conclusiones, sin reconocerles más camino que el que ella les indica: no admite que ella esté sujeta á error y que fuera de ella exista quien pueda saber cosa alguna sobre lo que enseña. Lejos de mi ánimo está querer herir las convicciones del creyente sincero, pero lo que digo es enteramente irrefutable y se halla confirmado de continuo, una vez sobre otra, por la historia de las iglesias cristianas.

Esta Teología se basa en un libro que se contradice él solo notoriamente y que todo estudiante de él lo reconoce como incorrecto, al extremo que en muchos casos se ve uno tentado á creer que los que lo interpretan han tomado por divisa las célebres palabras de uno de ellos mismos: *Credo quia absurdum*; yo creo porque es absurdo. Afirman tantas cosas que no saben, tantas que no es posible saber y tantas que de ninguna utilidad serían para la humanidad aunque llegaran á saberse! Pero sobre las cuestiones de importancia vital, so-

bre aquellas que á todos nos interesan, no ofrecen el menor fragmento de una prueba. Ningún predicador dirá que él ha estado en el cielo ó en el infierno, ó que él sabe por sí mismo que estos lugares son tal como él los describe. Dirá sencillamente: «La Iglesia enseña esto» ó «así está escrito en la Biblia», aserciones que, me permitiré decir, no son suficientes para establecer las bases de una fe que debe decidir de nuestra salvación eterna. El asunto en verdad es demasiado importante para que se le dé una base tan deleznable. Y al respecto es bueno notar que los teósofos autorizados, en cambio nada predicán que no hayan verificado ellos mismos por medio de la observación directa.

¿Acaso nos da la Teología, por otra parte, una explicación racional de todos los acontecimientos que se nos presentan? Tiene ella una respuesta clara y plausible para todas las cuestiones que surgen en el espíritu del pensador serio ante los problemas de la vida? Nó, tampoco; ni siquiera trata de resolverlos, pues sólo se encierra en la pretensión de que es así la voluntad de Dios, á la cual debe el hombre someterse sin tratar de escudriñar la causa. De esta manera, ya se ve, no pudiendo obtenerse más aclaraciones, la posición en que nos hallamos se nos hace por demás peligrosa.

Pasando á la hipótesis materialista, menos puede ella satisfacernos, porque nada nos explica y nos entrega cínicamente á la ley de la casualidad, conjurándonos, sin embargo, para que vivamos honradamente sin tener en cuenta nuestro interés ó nuestro goce personal, si no sólo el beneficio de nuestra raza; es con todo una hipótesis noble y altruista.

La Teosofía no exige de nadie una fe ciega; presenta sencillamente á nuestro examen una teoría racional que explica los hechos que nos rodean, y como base tiene no sólo la tradición y las enseñanzas de muchos siglos, sino también las narraciones de quienes afirman conocer por sí mismos ciertas cosas. ¿Cuál de las tres teorías debe, pues, escogerse? Es evidente, conforme lo aconseja la razón, que debemos acogernos á esta última, aunque sólo sea provisionalmente, por ser la más racional para servirnos de ella á título de hipótesis

y buscar las pruebas en nuestro derredor. Al hacerlo así quedaremos sorprendidos viendo como las pruebas surgirán por todas partes.

Se observa entonces, efectivamente, que muchos hechos generalmente considerados como misteriosos, que la Teosofía, con igual derecho que las otras teorías, toma bajo su estudio y que éstas se ven obligadas á negar ó pasar en silencio, ella les asigna un lugar en su sistema explicándolos de una manera racional. En esa categoría entran fenómenos como los espíritas, los de apariciones, los de desdoblamientos, los magnéticos y telepáticos, ante los que el Materialismo, impotente para esclarecerlos, se escabulle negando su existencia, recurso que si bien es cómodo, es á la vez ridículo.

Cada cual es libre de considerar que estos hechos no merecen que su atención se detenga en ellos; pero, el que no quiera tomarse el trabajo de examinarlos, tampoco tiene el derecho de sostener que quienes los estudian y atestiguan, se engañan ó son impostores. Una actitud de esa naturaleza se asemejaría demasiado á la de la avestruz que, según se asegura, al verse amenazada, entierra la cabeza en la arena y se cree así libre de un peligro que ya no alcanza á ver. Es como lo observa M. Stead en su libro *Real Ghost Stories* (Cuentos Reales de Fantasma) todos los investigadores sinceros *saben* que estas cosas son reales, si bien es cierto que las explican por medio de cien distintas teorías.

La Teología cristiana muy poco nos dice sobre el asunto. Algunas veces niega los hechos y otras los reconoce, pero atribuyéndolos al demonio, al que atribuye de ordinario todas las cosas que no alcanza á comprender. Es así como en los países que fueron la cuna del Cristianismo encontramos que las maravillas de la naturaleza son casi todas imputadas á la influencia del diablo. El lecho circular cavado por el lago prehistórico de Hampshire se llama *La taza de ponche del Diablo*; ciertas agujas de roca del condado de Yorkshire son conocidas con el nombre de *Flechas del Diablo*, y las raíces truncadas de algunas escabiosas todavía las llaman los aldeanos *Troncos del Diablo*, y así por el estilo. De variadas maneras se insinúa, aun entre nosotros, la ignorancia de la

Edad Media, cuyo grito de «*Demonio*»—cual algarada de loro—todavía resuena en pleno siglo xx. Mas, ya que de pruebas tratamos, ¿qué pruebas tenemos de la existencia de ese demonio, del cual con tanta facilidad decantamos? ¿Quién lo ha visto?.. Pero nos olvidábamos; no gusta á la ortodoxia que pidan pruebas.

Volviendo á nuestro tema, repetimos que la prueba directa de muchos de estos hechos no puede obtenerse más que por la experiencia personal, y agregamos, que lo dicho es igualmente cierto en materia científica. ¡Y si nó, cuántos hechos científicos hay á los que prestamos fe, no porque los hayamos comprobado personalmente, sino porque así lo atestiguan los expertos! Y es que no sería posible que procediéramos de otra manera; la vida es demasiado corta para que una persona pueda especializarse en todos los ramos científicos. No nos es dado, por consiguiente, experimentar por nosotros mismos en todo, y tenemos que aceptar entonces las deducciones de las personas que han hecho las experiencias, cuando ellas concuerdan en los principios generales de la evolución y en los hechos ya reconocidos como exactos. Pues bien, esto último es cuanto pedimos se observe en relación á la Teosofía.

¿Qué hechos tenemos para corroborar la verdad de los postulados de la Teosofía? Los tenemos numerosos; y para examinar las doctrinas que encierran creemos conveniente dividirlos en dos grupos. Así examinaremos primero el sistema filosófico de éstas, dejando de lado lo que atañe más al sentido experimental ó práctico.

Como es natural, esta filosofía habrá de ser discutida sobre la misma base de las otras filosofías, á las cuales no se les exige, en la mayoría de los casos, pruebas directas ó físicas.

Una filosofía, en efecto, no puede ser demostrada, como quien dice, sobre la pizarra, al estilo de un problema de aritmética. Se le juzga por las probabilidades que suministra y por la explicación más ó menos racional que nos ofrece de las condiciones de la vida conocidas por nosotros. Al someter, pues, la Teosofía á esta clase de comprobación, toda persona imparcial reconocerá enseguida que ella aventaja en mucho á todas las filosofías rivales. ¡Veamos, si nó, el magnífico

sistema de evolución que nos expone, gobernado por una ley de justicia inmanente!

Enseña que lo que llamamos vida del hombre, no es más que la duración de un día de una vida mayor, la cual á su vez es en sí tan sólo una parte del conjunto admirablemente coordinado que sin cesar prosigue su marcha hacia adelante, evolucionando siempre en dirección del fin último que le está asignado. He aquí una concepción, que, sin contradicción posible, es mucho más elevada que la idea de una ciega casualidad arrastrándonos en su torbellino hacia la nada ó que el sistema de una *redención*, ante cuyo lastimoso fracaso las nueve décimas partes de la humanidad son entregadas á la perdición eterna.

Entre los individuos á quienes asusta la psicología y que temen profundizarla, se encontrarán por cierto espíritus dispuestos á examinar nuestro sistema filosófico, y sin duda también á aceptarlo. Tal vez sea preferible para ellos que sólo hasta allí lleguen, dejando tranquilo el resto de nuestras doctrinas hasta que el interés se despierte en ellos. Recordemos á este respecto que la Teosofía no tiene dogmas que el estudiante esté obligado á aceptar; no le exigimos á nadie que crea en cosa alguna, lo único que hacemos es presentar un sistema para el estudio, y libre se queda el que quiera para sólo aceptar una parte y rechazar el resto.

Muchos aceptan nuestro sistema psicológico sobre la misma base de nuestro sistema filosófico, sin hacer investigaciones especiales y únicamente porque les da la explicación más sencilla de los hechos reconocidos y de muchos fenómenos, de otra manera inexplicados, que se presentan á diario. Otros, en cambio, desean, y con razón, informarse por sí mismos. ¿Cómo pueden hacerlo? Pues ellos pueden emprenderlo como lo hice yo; examinar por la investigación directa y tratar de ver por sí mismos dentro de los límites de lo posible. Pueden asistir á las sesiones espíritas y también consultar á las personas connotadas que han hecho experimentos curiosos en el mundo invisible. O bien, si no quieren tomarse el tiempo y el

trabajo, que lean lo que se ha escrito acerca de los fenómenos espíritas y las apariciones, que mucho es lo dado á la prensa sobre estos dos temas. Obtendrán así de sus contemporáneos una prueba de segunda mano, tal como les ocurre de ordinario en las otras ciencias. Para estudiar la geografía no es necesario, por ejemplo, visitar en persona todos los países en cuestión, por interesante que fuera hacerlo; la mayor parte de nosotros nos conformamos con leer y creer lo que han escrito quienes han visto. Puede que hasta ahora no nos hayamos dado cuenta de las facilidades con que aceptamos habitualmente el testimonio de los otros sobre cosas que creemos saber. La rotación de la tierra es un ejemplo saliente. Casi todos estamos prontos á decir que este es un hecho que sabemos, cuando en realidad está en completa oposición con el testimonio de nuestros sentidos que la desmienten; parados ó sentados en la tierra nos parecerá completamente inmóvil; hasta la expresión misma de «tierra firme» es para nosotros sinónima de la estabilidad. El sol y las estrellas parecen dar la vuelta al rededor de nosotros y lógicamente deberíamos concluir de allí que son esos astros los que se mueven. En resumen, no sabemos que la tierra gire sobre sí misma; lo creemos solamente, excepto si hemos asistido á cierto género de experiencias. Una de ellas se hace con el péndulo de Foucault, la otra con el giroscopio, y el hombre que las ha presenciado *sabe* que la tierra gira, porque en toda otra hipótesis el experimento no tendría el mismo resultado; pero los demás hombres sólo creen en el hecho.

¿Cuántas cosas de la vida usual pretendemos saber, cuando en realidad no hacemos más que creer simplemente en ellas? Hay mayor número de testigos que dan fe de la realidad de la existencia del plano astral, de los que hay para atestiguar la de la isla de Spitzberg, ó la raza de los pigmeos encontrada por Stanley en el Africa Central. Recordemos de esta última, que el francés Du Chaillu la vió y la describió un cuarto de siglo antes que Stanley y que el mundo se mofó de su relato como de un buen cuento de viajero, y sin embargo el hecho era absolutamente verídico. Nadie está obligado á ir al Africa Central para ver esos pigmeos; pero quien no

quiera tomarse el trabajo, tampoco tendrá autoridad para dudar de Du Chaillu que fué allá, ó mejor dicho, tendrá derecho de guardar su opinión particular, mas no de acusarlo de falsedad, puesto que no se ha tomado la pena de asegurarse de la verdad. Lo mismo es aplicable á la Teosofía. No obligamos á las personas á que verifiquen las afirmaciones que ella sostiene, pero pretendemos, primero, que no deben negarlas sin haberse asegurado previamente de su mayor ó menor exactitud, y después, que no tienen razón al exigir un género dado de pruebas, que no se considerarían autorizados á pretender en otros asuntos de estudio análogo.

Varias afirmaciones emitidas hace años por Mme. Blavatsky, que entonces fueron objeto de burla como anticientíficas, las vemos ahora corroboradas inopinadamente; y este hecho se ha repetido tratándose de recientes investigaciones teosóficas.

Tenemos un ejemplo de ello en los planetas situados fuera de la órbita de Neptuno, que Mr. Sinnett mencionó en *«El Desarrollo del Alma»*, publicado hace seis ó siete años. Nadie, fuera del círculo de los investigadores teosóficos, sospechaba la existencia de dichos planetas en aquella época; pero poco después pudo leerse en *«El Times»* del 15 de septiembre de 1902. que el profesor Forbes había hecho notar la existencia de dos grupos cometarios que demostraban la existencia de dos planetas exteriores á la órbita de Neptuno.

Este es sólo un ejemplo entre muchos.

También tenemos la cuestión de la rotación de Venus.

Cuando estaba en la escuela se nos enseñaba que los días y las noches de Venus eran muy semejantes á los de la Tierra; pero más recientes observaciones astronómicas parecían demostrar, que una de las fases de este planeta estaba vuelta constantemente hácia el sol, como lo está la faz de la luna con respecto á la Tierra. Esto convertía á Venus en inhabitable para criaturas, por poco análogas que fuesen á la humanidad, y contradecía la teoría teosófica que había anticipado que Venus está habitada por seres altamente evolucionados; pero hé aquí, que últimamente, según Sir Robert Ball, nuevas investigaciones han confirmado la primera idea de que Venus

gira al igual de la Tierra, de manera, que otra vez más ha quedado confirmada una enseñanza oculta.

La tendencia general de la ciencia camina de hecho y gradualmente hacia las teorías teosóficas.

Examinemos este párrafo de una conferencia dada por Sir Olivier Lodge en Birmingham. «Si el cielo hubiese estado siempre nublado, no tendríamos ningún conocimiento preciso respecto del sol». Se servía de esta analogía Sir Lodge, para indicar que pueden haber varios géneros de existencia en el Universo, que sólo podríamos conocer si nuestros sentidos fueran más sutiles y nada oscureciese nuestra visión. «Lo que vemos y lo que conocemos no es probablemente más que una minúscula fracción de lo que en realidad hay para ver y conocer. Donde quiera que la vida ha sido posible la hemos encontrado; ¿por qué no ha de serlo en los planetas también hasta donde no alcanzamos á comprobarla por pruebas directas? Se considera por algunos que la ciencia niega la posibilidad de la existencia de seres ó agentes superiores al hombre, mas tal como yo entiendo la ciencia, ésta no puede negar ninguna hipótesis de ese género. *Cuando no se tiene el conocimiento, no existe el derecho de formular ninguna afirmación, ni positiva, ni negativa.* Ahora bien, los orígenes de la vida son aún en la actualidad un profundo misterio para la ciencia, si bien no pienso que así tenga que continuar siendo para siempre. Los procesos de evolución no son de naturaleza á excluir ó á desmentir la idea de una actividad divina».

Yo voy más lejos. Ante nuestra vista se halla desarrollada la revelación misma de la Actividad Divina. ¿Cómo de otra manera habría surgido del caos el orden sin la intervención de una inteligencia directora? Pues así, por lo que respecta á la organización de la Obra Divina; todo hace suponer que ella se elabora de la misma manera, por medio de agentes y de un proceso gradual, y no por una intervención directa y personal. En manera alguna creemos, que la evolución haya debido ser diferente de lo que es hoy, en ninguno de sus períodos.

Nos inspira por consiguiente gran interés el estudio de la Actividad Divina, que no sólo en el pasado deberíamos buscar,

sino también guiándonos por todo lo que en el presente podemos descubrir. Lo que yo desearía ver que realizáramos, es que somos una parte activa é inteligente del sistema cósmico; que formamos parte del número de agentes del Creador, y que podemos hacernos más útiles cooperando en su obra y apoyándonos mutuamente. Es por medio de este género de disciplina que realizaríamos verdaderamente todo el privilegio de la existencia. Porque abrumados como lo estamos de tantos sufrimientos, sería en verdad muy triste que no pudiésemos ser humanos unos para con otros.

He aquí cómo las aseveraciones de la ciencia concuerdan con los postulados teosóficos.

Parecerá después de todo para los estudiantes que aun no poseen la visión psíquica, que las enseñanzas teosóficas se basan, como las doctrinas ortodoxas, en la fe. En esto hay algo de verdad en cierto sentido, si bien se trata de dos clases de fe que no admiten comparación. Si nuestros estudiantes, esto es, algunos de ellos aceptan como verdaderas ciertas cosas que no han visto, su fe no es ciega, sino fundada en la razón y no simplemente en una Escritura, sin decir nada, de que si necesario fuere tener Escrituras, las exhibimos, para apoyar nuestras teorías, mucho más antiguas que las de los judíos, porque los Vedas y los Upanishads vienen de la noche de los tiempos, derivándose de una nación que se hallaba al frente de la civilización cuando los judíos no eran más que una oscura y atrasada tribu árabe. Pero no sólo en esas escrituras se apoya nuestra fe, sino también en la ciencia y en la enseñanza de los Grandes Adeptos del tiempo actual, que por la extensión de su saber y de su poder son más que hombres. Y agregamos á lo anterior además, las investigaciones de algunos de nuestros miembros europeos, que confirman en todos sus puntos el Gran Sistema Teosófico.

Y con todo, lo que da á nuestros miembros una convicción profunda, no es el alcance de estos testimonios por grande que sea su importancia, sino antes bien el hecho de que el sistema es en sí mismo muy racional y muy concluyente, pues en todo estudio científico la hipótesis más racional es la que

se impone hasta tanto se encuentra otra mejor; he aquí la fuerte palanca de nuestra fe. Indíquese nos una doctrina mejor y más razonable, y pronto estaremos en aceptarla, porque, lo que son las otras creencias, mucho las hemos estudiado y las conocemos por consiguiente casi todas en su esencia.

Por de pronto, en lugar de encontrar en la nuestra que las dificultades se multipliquen, á medida que la meditamos y estudiamos, más también se afirman nuestras ideas en ella.

Por tanto principiemos el estudio, no con fe ciega (la fe ciega ha causado ya bastantes males) sino por medio de la investigación, y si no quedamos satisfechos ningún mal habremos sufrido, en tanto que si lo quedamos, pueda que resulte un gran bien para todos, tal como nos ha sucedido á nosotros. Una de las mejores maneras de convencerse de la verdad de estas cosas, es proceder como si fueran ciertas y practicar la vida que nuestra doctrina aconseja para ver los efectos. Probemos de realizar la unidad y la fraternidad que ella enseña, el altruismo que ella exige, y así juzgaremos por nosotros mismos si nuestro nuevo género de vida se mejora ó no. Hoy como ayer, es una verdad *que los que hacen la voluntad del Padre que está en los cielos, sabrán si es verdadera la doctrina*. La vida teosófica es el más seguro medio para encontrar la verdad; ensáyese el altruismo, procúrese ser útil á los otros y se verá si esto no abre nuevos horizontes de felicidad y abnegación; pásese luego y gradualmente á otros puntos de la enseñanza y las pruebas no faltarán por cierto.

¡Pensemos en lo que sería el mundo si todos creyesen en Dios como en un Padre común! ¿Mejoraría ó empeoraría el hombre si realizara la unidad como un hecho, y el altruismo como un deber? Estamos aun en los comienzos de nuestro estudio, y sin embargo, ya nos sentimos con la confianza más absoluta para decir al mundo: Venid vosotros y estudiad en unión nuestra, que la paz y la confianza os llegarán como han llegado á nosotros; el estudio de la Teosofía os atraerá la felicidad en vuestra vida y os hará más útiles para vuestros hermanos en humanidad.

C. W. Leadbeater.

Nuestro muy distinguido hermano Mr. J. O'creil, Secretario de la Logia de la S. T. Inter-state, de New York, se dignó favorecer á la «Logia Virya», dedicándole el siguiente artículo, el cual, leído en sesión, dió motivo para que se le discerniera á su autor un voto de gracias, acordándose asimismo darle publicidad en nuestra revista. Al cumplir tan grata disposición, se complacen sus hermanos de Costa Rica en enviarle fraternal saludo á tan ilustrado y digno compañero, en quien culminan, al par de las cualidades características del teosofista entusiasta y decidido, las del artista inspirado y modesto.

LA REDACCIÓN

Ama á tus enemigos

LA vida entera del hombre común, en general, aparece á la vista observadora del pensador, nada más que como un instante en la existencia, pues dicho ser, según toda apariencia, no demuestra vivir con otro objeto de finalidad que la de abrirse campo en el mundo, haciendo la mayor cantidad de dinero posible para procurarse bienestar y placer. Atraviesa la existencia como por acaso, no lleva á cabo ningún método especial para encarrilar su vida y cuando se presentan los serios problemas de ella, les hace frente, lo mejor que puede, rara vez de un modo ordenado. Cuando persigue un fin determinado, se reduce éste, á éxito en los negocios, logro de una brillante posición ó algo por el estilo en que juega papel principal en primero y último término, el provecho monetario de dicha adquisición.

Por otro lado, el hombre despierto é iluminado, realiza perfectamente el íntimo propósito de la evolución, su corta morada en este plano físico que es el desarrollo ordenado de

un individuo, de una entidad inteligente confiada en sí misma, el complemento de un ser en un Hombre Perfecto.

El proceso por el cual desarrolla esa individualidad, lo vuelve concentrado en sí mismo, egoísta, obstinado en su propio parecer, y por consiguiente prevenido á su favor sin ver sus faltas y defectos como realmente son y aparecen á los ojos de los demás. Las debilidades de su carácter no las conoce, pero hay que fortalecerlas, pues el débil eslabón constituye la fuerza de la cadena, y él debe anhelar ser perfecto como lo es su Padre—su prototipo—en el Cielo.

Así, pues, si el hombre es sincero en su deseo de perfeccionarse él, sin duda le dará la bienvenida con los brazos abiertos á cualquiera que sea tan bondadoso que le muestre los puntos débiles de su carácter. De la misma manera que un guerrero que aprecia su vida, le dará paso franco á cualquier dato que tienda á fortalecer su defensa para afirmar su victoria, así el hombre que anhela superar en este plano físico, sea desde aquel que lucha al pugilato, hasta el otro que busca obtener el pináculo más elevado de la intelectualidad, debe aceptar, digo mal, buscar el consejo y aún la crítica (sincera por supuesto), que lo ayude á descubrir las insuficiencias de su naturaleza.

Aquellos que llamamos amigos, temerosos de herir nuestra susceptibilidad, insinúan ciertas imperfecciones de nuestro carácter, pero suavizando de tal manera la crítica, que oscurecen por completo el beneficio que de ella pudiéramos aportar, pues prevenidos como en general somos á nuestro favor, descontamos un gran tanto por ciento de crítica, quedando un resto insignificante que no produce en nosotros ningún efecto apetecible. Evidente es, pues, que la crítica aceptada en su espíritu sincero, no nos produce sino bien y nuestros enemigos que siempre y á toda hora están listos á criticarnos gratuitamente, son muchas veces los jueces que señalan á nuestra intuición un camino de mejoramiento que si lo seguimos ayudará al esfuerzo luchador.

El discípulo es aquel ser evolucionado quien vislumbrando la meta, la altura á que aspira, emplea gradualmente y con calma todas sus energías para alcanzarla sin perder una sola

oportunidad, ni malgastar su tiempo velando por su equipo con el más celoso cuidado. El, mejor que ningún otro ser, debe agradecer el consejo y la crítica sincera.

Cuando la crítica es acerba, qué bien cabe recordar que debemos devolver bien por mal, amor por odio. El amor es un atributo de lo Divino, una expresión de la Ley Divina; siendo ella Ley del Universo, se entiende que aquello que obra en armonía con ella tiene que ser mucho más poderoso que cualquiera fuerza que el hombre desarrolle para hacerle la contra.

Siendo el odio la expresión de esa oposición en contra de la Ley y Vida de nuestro ser, se deduce lo impotente que es ante la Voluntad Divina, que es Amor.

Aquello que llamamos *evolución* es el impulso esforzado de toda vida sensible hacia su perfecto desarrollo, impulso debido al empuje de la Ley Divina en nuestro íntimo ser y si intentamos oponer resistencia á ese manantial inagotable del Divino Poder, por medio del mezquino "odio", hechura del hombre, tenemos necesariamente que sufrir las consecuencias de la violación á la ley, y el odio rechazará y nos herirá con la misma fuerza que lo lanzamos. "El que dá mal por bien no se apartará el mal de su casa."

La ciencia médica conoce muy bien los daños causados por el odio y sus secuaces, envidia y malicia, sobre el sistema nervioso del cuerpo físico, y como éste es la expresión del alma, cuál será pues su nocivo efecto sobre ella.

Devolvamos bien por mal, amor por odio, para identificarnos con la Ley Universal y colocarnos á su lado, trasformándonos en canales más puros para la Divina Sabiduría.

Plantemos buena simiente y recogeremos abundante y sana cosecha. Por eso el discípulo, el hombre iluminado se cuida tanto de no plantar jamás la semilla de la discordia ó del odio; clarividente como es, vigoriza la línea de pensamientos de amor y levanta así una muralla defensiva, una coraza impenetrable que ninguna fuerza humana puede vencer. El hombre es un dinamo humano despidiendo siempre energías de amor ó de odio, de bien ó de mal y por una ley justa y perfecta, si siembra semilla pura recogerá buen fruto, mas si siembra espinas, sólo espinas cosechará.

¡Cómo se vé que el Maestro de Sabiduría que enseñó esta doctrina, lejos de ser un soñador impracticable fué en verdad el Maestro de Israel, un Maestro de la Ciencia de Vida cuyas enseñanzas entre más las estudiamos y procuramos vivirlas más, encontramos que son las Verdades Eternas del más elevado orden!

—“En verdad, en verdad os digo, ama á tu enemigos.”

*
* *

Teosofía y Ciencia

EL señor Lucrecio ha criticado en los números 6846 y 6847 de este periódico mis escritos en defensa de las ideas espiritualistas. No es mi ánimo entrar en polémicas. Estoy convencido de que el diverso modo de pensar de las personas obedece al modo de ser mental de cada uno, á su propia idiosincrasia. Las aclaraciones que aquí seguirán van dirigidas, como mis primeros escritos, á las personas que de buena voluntad desean conocer la verdad. En cuanto al señor Lucrecio, no abrigo la esperanza de convencerlo, pero deseo manifestarle que esto no disminuye en nada la alta estimación que siempre me ha inspirado su persona y sus escritos.

Dice Lucrecio que no entiende bien cómo la Teosofía pregona el amor á todos los seres y pregunta si este amor se debe extender á los animales. A esto respondo:

Por supuesto; pero los teosofistas saben que las costumbres inveteradas no pueden cambiarse violentamente sin producir hondas perturbaciones, y se proponen, inspirándose en los procedimientos de la Naturaleza, señalar y mantener con sus actos y enseñanza una tendencia favorable al mejoramiento de toda criatura, pacífica, armónica y progresivamente. Lucrecio mismo calificaría de extravagancia y de actitud anti-social la de dejar de calzarse por no llevar en los pies esa suciedad que ha hecho el uso necesario, para los que se precian de civilizados.

«En cuanto al fin moral citado, el mismo articulista confiesa que es el fondo de todas las religiones civilizadas» nos dice Lucrecio.